

dueños, que aun no habían rendido al sueño el asustado cuerpo, y en su seguimiento los criados y gente que le asistían, y hallando á Onofre con la espada en la mano, alborotado de aquel modo, preguntándole la causa, respondió que había sido el haber oído abrir aquella puerta cercana á su lecho. Reparó el dueño en ella, y como la viese abierta, quedó maravillado, por ser de un cuarto algo excusado de la gente menor de la casa, donde tenía un oratorio, y procurando examinar la causa, así él como todos los demás no pudieron hallar indicio de quién hubiese sido dueño de tal atrevimiento. Habiendo mirado las mas viviendas de la casa, acompañándolos á todo Onofre y Juanillo, repararon en una puerta que hacia paso al zaguan, en que tenía puesta una llave por la parte de afuera, de que admirado el dueño, conoció el no ser aquella la llave de la puerta, y procurando abrirla, y no pudiendo conseguirlo con otra llave, se valieron de la fuerza, dando tantos golpes, que saltó el pestillo que la cerraba, y quitando Onofre la luz á un criado que la tenía, se ofreció el primero á mirar el zaguan, y en un rincón, donde había cantidad de muebles de la casa, que por miedo del fuego habían bajado, y arrimados allí, vieron un hombre que embozado defendía el rostro, procurando conseguirlo por medio de una pistola que en la mano tenía, y apuntando á Onofre, dijo: El dejarme ir libre los estará bien; pero Onofre lleno de cólera le tiró tan fuerte estocada, que pasándole el brazo de la pistola, la dejó caer en el suelo, y al asegurarle otro golpe, pidió por Dios que no le matasen. Reportóse Onofre, llegó toda la gente de la casa, y preguntándole si había mas que él y quién le había ayudado á semejante atrevimiento, dijo que él solo era el que entre la hulla del fuego se había metido allí, y que en la calle le aguardaban dos compañeros. Salir quiso Onofre determinado en busca de aquellos viles hombres, pero los ruegos del dueño de la casa y demás gente le detuvieron, y volviendo á preguntar al herido qué era su intento, respondió que abrir la puerta de la calle para que entrasen los dos amigos, que así había quedado de acuerdo, y que al irlo á hacer turbado había abierto dos puertas, sin dar con la que buscaba, siendo causa de haberle sentido. Los criados de la casa querían maniatarle y entregarle á la justicia; pero Onofre, compadecido de verle herido, los suplicó que, pues no había al presente justicia que lo hubiese visto, le echasen en la calle, pues otra cosa no sería generosidad. Convinieron todos en ello, y Onofre, adelantándose, abrió la puerta, pero no vió á nadie, que el ruido ó las muestras que ya daba el día había hecho dejar el sitio á los dos: enviáronle con su mala ventura, y volvióse á sosegar la casa, no para descansar, pues solo fué para admiraciones de lo que en tan breves horas había pasado, volviendo de nuevo el dueño de la casa á rendir agradecimientos á Onofre, ofreciéndole su persona y poder, y que como dueño de todo podía mandar de allí adelante, á quien agradecido Onofre retornó estimaciones; y como ya las luces del día con-

vidaban á gozarse, y ya quieta la gente se ocupaba en ir acomodando las cosas que el miedo y el fuego habían descompuesto, dando mil gracias á Dios por tan grande dicha, pues solo en el cuarto de Laura había tocado el fuego, y suplicando á Onofre se sirviese de tomar asiento y contar su peregrina historia, á quien obediente se ofreció, diciendo así.

## DISCURSO XVIII.

Nací en la gran ciudad de Nápoles; aunque no de padres nobles, eran limpios del contagio que la fe castiga por medio de su justicia. Criéme á un tiempo, en compañía de una hermana, siendo con igualdad queridos de nuestros padres, amándonos los dos con una union tan estrecha, que apenas se hallaba el uno sin el otro. En mí fué mostrando la edad las obligaciones con que nace un hombre de bien, y en mi amada hermana, á un tiempo con alguna hermosura, mucha humildad y vergüenza, que son las partes que mas engrandecen la belleza. Faltónos á los doce años de nuestra primavera la madre, siendo el sentimiento parte para que nuestro padre, postrándole la pena, se ajustase á vivir en una cama, sin poder levantarse della, pues para hacerlo se valia de nuestro alivio, amonestándonos siempre pidiésemos á Dios paciencia, pues es de lo que mas necesita quien con enfermos lidia.

No era la edad la que le tenía tan postrado, pues solo era una profunda tristeza, causada de la pérdida de su amada consorte. Justo sentimiento, pues perdió en ella el ejemplo mayor de la caridad, virtud y honestidad. Los años en nosotros iban desplegando las arrugas de la niñez, en mí para atender al servicio de mi padre, y en mi hermana para que la honestidad la obligase á tanto retiro que no era vista de nadie. Vivía enfrente de nuestra casa un caballero, el cual tenía un hijo, casi de nuestra edad, que desde el primer conocimiento de la razon nos habíamos querido con amable amistad. Perdonadme el que abrevie una historia tan larga como la mía, que aunque el mal comunicado dicen que se presta alivios á sí mismo, en mí renueva las llagas de mi pena. Atrevióse á mirar á mi hermana con intento de los que paran en infames fines, pues á no ser así, padre y hermano tenía á quien poder hablar, pues él por su persona no desmerecía el sí para honesto empleo. Este persuadía á mi hermana con todos los medios posibles, en quien halló siempre una resistencia honrada. Supe todo lo que pasaba de la boca de una criada, de quien se quiso valer por medio del interés; pues amparado della, intentó profanar el sagrado de mi casa: dióme un papel, en que leí sentencia de muerte, fulminada por un ciego á los mandamientos de Dios, pues sus atrevidos caracteres ofrecían dádivas para vencer aquel muro de la honestidad, y acababa diciendo: Poco han de importar tus resistencias á mi mucho amor, pues es poderoso como su dueño. No pude sufrir desde aquel punto la fuerza que la razon me hacia en que procurase mi venganza; y así, guié los pasos en

busca de mi enemigo; halléle en una casa de conversacion, y al llamarle noté que salía desafiado con otro caballero, habiendo sido la causa una suerte del naipe. Seguimos algo á lo lejos, y así que llegaron al sitio señalado, sacando las espaldas, á los primeros tiempos que se tiraron vi que mi enemigo cayó en tierra de una estocada, y pareciéndome que mi afrenta se quedaba en pié si perdía la vida á manos de otro hombre que no fuese yo, me puse con brevedad á su lado, defendiéndole de otra estocada que su contrario le tiraba contra el suelo; y viendo que á un hombre caído se le negaban hidalgas atenciones, y que en un pecho noble no cabe acción tan desatenta, tomé el duelo por mí, y puesto casi encima de mi contrario, reparé un tajo que me tiró, y desviándole, hallando mi espada en buena postura, y la suya algo desviada de la rectitud, le ejecuté una estocada tan bien guiada, que fué bastante para añadir la lengua, sin poder pronunciar la última palabra de su vida. Perdió la vital respiracion, y mi enemigo cobró la que tuvo cerca de perdida, levantándole del suelo; viendo que el tiempo me negaba tiempo para mi venganza, procuré el salvar mi persona y que él lo hiciese, retirándonos á un convento de religiosos, dando cada uno aviso á su casa del suceso pasado. Sintiólo el padre de mi contrario, pero el mio mucho mas, pues solo fué el aumentar penas á sus penas.

¿Quién creyera que á un beneficio tan grande como librarle de las manos de su enemigo y de los brazos de la muerte, me pagase con un desprecio el mayor que imaginan los hombres? Sucedió que, algo receloso de mí, como reinaban en él tantas traiciones, mudó de retraimiento, y viendo que yo no salía del mio y que mi padre impedido no se levantaba de la cama, juzgando ejecutados sus torpes y atrevidos deseos, se determinó una confusa noche, escalando un balcon, llegar hasta el dormitorio de mi hermana, donde estaba ya recogida, y atrevido cuanto desatento, sin atender la vecindad de tantos años, amistad tan estrecha, deuda que me tenía, y la principal, que negaba á las leyes de Dios, la despertó, amenazándola con la muerte si no consentía en su gusto; ella asombrada dió voces, llamando á su padre y hermano, y defendiéndose con varonil valor, dió lugar á que Dios la favoreciese; pues como todo lo ve, y en las mayores necesidades socorre á los suyos, permitió que alentado mi padre tuviese ánimo de levantarse, fiado en la ayuda de un báculo, y mas breve de lo que le concedian sus achaques, llegó á dar socorro á su querida hija, consiguiéndolo, aunque con grave daño de su persona.

No hay animal, en cuantos la naturaleza crió, mas atrevido, mas ciego y pertinaz y perverso que el hombre, pues no hay cosa que le parezca imposible para lograr un infame apetito, y compadecida de su ruina, la misma naturaleza le puso un despertador para que le avisase de las calamidades que le amenazan, pues los golpes que da el corazon del hombre en los sobresaltos y sustos no es concedido á otro ningun animal. Yo, que

triste con el ausencia de mi amado padre estaba, me determiné esta noche de verle acompañado de un amigo español, que razon es llamarle amigo, pues examinado le tenía en mi retiro, que enfermedad, prision y ausencia es prueba de los leales. Deste me fié, para que fuese en mi compañía, por divertir los latidos que mi corazon daba, anunciándome las ruinas de mi quietud. Llegué á mi casa, y llamando á la puerta, preguntó un criado quién era, y conociéndome en la voz, me dió franca la entrada con mucho gozo de verme. Agradezció el alegría que mostraba, y dejando á mi amigo á la puerta, en forma de centinela, dije al criado no cerrase. Bien creí, así que subí el primer escalon, el hallar con quietud mi casa, y que mi padre se holgase de verme, aunque ya llevaba imaginada la reprension, en fin, como de padre, á quien amparaba la razon; pero aquí de todo mi valor: apenas subí el último escalon, cuando oí que entre ansias y lágrimas pronunciaba mi padre estas razones: ¿Para qué me concedes la vida, mano atrevida, si dejas nublado lo cándido destas honradas canas? ¿Qué te hice? ¿Qué ocasión te di para tal atrevimiento? ¡Ay, hijo querido! Ay, Onofre amado, quién te llevara nueva de tanta amargura como tiene la congoja en que queda tu padre! Así que acabó la última razon de las que he referido, vi que del cuarto de mi hermana salía un hombre diciendo: Para que sientas y penes, te dejo la vida, bulto caduco. No hubo menester preguntar la causa, pues conocí á mi enemigo, á quien dije: Onofre soy, Dios me ha guiado aquí, solo para castigar tu loco atrevimiento, pues aun con la muerte no has de satisfacer á tan grave ofensa comola que has cometido. Ofrecíme con la espada desnuda, y recibíome tirando un pistoletazo; pero á quien Dios guarda, en vano se le oponen fuerzas humanas. Faltóle la piedra, bastante desengaño, pues aun las piedras sienten las alevosas intenciones, sin ayudar á quien las comete. Si el hombre falta á los mandamientos de Dios, ¿qué mucho que falte una piedra insensible, para dar luz á su malicia? Soltóla en el suelo, echando mano á la espada, que así que la sacó le saqué la vida por la puerta que le abrió una estocada que le atravesó las entrañas. ¡Muerto soy! dijo, á tiempo que vi á mi lado á mi amigo, diciendo: Antes moriré que dejarte. Soseguéle, guiando los pasos adonde había oído á mi padre, hallándole en el suelo, que así que me vió me ofreció los brazos, diciendo: Levántame, hijo querido, que no te quiero preguntar quién guió tus honrados brios para mi defensa, pues conozco que ha sido obra divina. Levantéle del suelo, y aunque algo turbado, noté que echó la mano á la una mejilla, y luego la miró. A quien pregunté qué era lo que hacia; y me respondió: Admírame de que tan presto hayas lavado mi afrenta, pues pidiendo sangre, se había asomado al rostro con las muestras de lo que pedía. No hubo menester oír mas para volver adonde mi enemigo, triste cadáver, yacia, y sacando un puñal, le corté la atrevida mano; y como el caso no pedía dilaciones, aunque pude llevar el cuerpo donde, cuando fuese hallado, no se supiese

quién había sido el dañador, no quise sino que se viese castigada su osadía dentro de mi casa. Tenia mi padre una hermana monja en un convento de Nápoles, donde aquella noche se recogió mi hermana, y donde despues quedó monja con todo el dote que pidió el convento. A mi padre, en los brazos de mi amigo y los de un criado, llevé á mi retraimiento, y luego entre todos procuré poner en guarda la hacienda mas importante, y los dos criados que, aunque no tenían culpa en lo que yo había hecho, bastaba el ser míos, y no era razon dejarlos en manos de la justicia, pues contraria á la naturaleza del rayo, siempre quiebra su enojo en los humildes, no como el rayo, que busca lo mas levantado y copetudo donde ejecutar su golpe.

Pasó aquella noche, tan llena de tragedias para mí, y vino el día, donde descubierto el caso, fueron tantas las diligencias de la justicia, que vinieron á saber dónde estaba, y para sacarnos á mí y á mi padre del retraimiento alcanzaron licencia del virey. Llegaron estas nuevas á mi padre tan de proviso, que hallándole lleno de sustos y falto de quietudes, se apoderó de sus flacas fuerzas la muerte en espacio de veinte y cuatro horas. Enteróse en el mismo convento, y yo, acompañado de mi amigo y dos deudos suyos, que habiendo sabido mi historia se fueron á mi amparo, accion en fin española, salí del convento, y fui hospedado en casa del uno, á quien debí mi libertad por entonces, pues no era posible salir de Nápoles por las prevenciones que para cogermé había. Pasó aquella primera riguridad, y ya mas sosegado, ordené el ausentarme de mi patria, pues no había otro medio mas conveniente, y despedido de mi hermana, en cuya compañía quedó la criada, pasé á Roma con el criado, y á pocos días que pisé sus hermosas calles, en una conversacion oí alabar la corte del gran monarca de España, lo afable y cariñoso del trato y conversacion de sus hijos, lo milagroso de sus templos y lo real de su calles y casas, apoderándose en mí el deseo de verla; ordené mi viaje, solo sin el criado, que le dejé acomodado en Roma; logréle, aunque con hartos sustos y penas, que despues de muchos días de viaje en el mar, habiendo pasado gran tormenta, viendo que nuestras vidas se habían jugado muchas veces, impensadamente nos hallamos en el puerto de Cádiz, donde desembarcado pasé á Sevilla; y pareciéndome bien, estuve en ella algunos días, hallando amigos, que el que vive honestamente, en todas partes los halla; y una tarde que el demasiado calor convidaba á desamparar las casas, por gozar de un fresco viento, salí al arenal, acompañado de dos amigos, y apenas le hube pisado, cuando vi que dos hombres, así de palabra como de obra, habían maltratado á una mujer, la cual se vengaba con razones, propia accion de femeníl brio; y como nos miraba atenta, como quien procuraba favor, volvieron á ella, renovándola el sentimiento á fuerza del dolor; y pareciéndonos mas cobardía que bizarría de varonil ánimo, los procuramos reparar con razones corteses; pero ellos, que la cólera que tenían les pareció la habían de ejecutar con nosotros como con

la mujer, empuñando sus espadas, dijeron: Excusada diligencia será vuestra defensa á nuestro mucho valor, y mas conociendo el que sin duda os importa esta mujer. Acometiéronnos sin mas causa, sin duda estaban ciegos, pues cualquier hombre lo está si se deja vencer de la pasion; no se meneaban mal si los acompañara la razon, pues no hay escudo mas fuerte para la defensa. El que á mí me cupo me tiró á los primeros tiempos una estocada, sin acordarse de reservar fuerza para la ocasion; pues arrojándose tras la espada, con muy poco desvío que hice en la mía se estrechó tanto, que alcanzándole con la daga, le pasé el pecho. Muerto soy, dijo, á tiempo que el que lidiaba con mis dos amigos, abierta la cabeza, procuró aprovecharse de los piés. Fué nuestra fortuna corta; pues habiendo salido aquella tarde alguna justicia de Sevilla á cierta diligencia, y no habiéndola logrado, al volverse llegaron tan cerca de nosotros, á tiempo del suceso, que sin podernos ausentar, rendimos las espadas, que la obediencia á la justicia nació de pechos nobles. Fuimos presos, llevándonos á la cárcel, donde en un encerramiento pasamos harta pena, y mis dineros y joyas harta crujía, pues su favor y el que mis amigos tuvieron, por medio de buena gente que valia en Sevilla, nos minoró la sentencia su desapasionado tribunal en cuatro años de un presidio. Ofrecióse viaje á Larache, por haber otras personas que llevar, y fuimos de los nombrados en esta leva. Entramos en él con brevedad, por ser corto el viaje; como la fortuna es varia y aunada con mi estrella, tomaba sus liciones. Sucedió que una tarde, saliendo por seña ocho soldados, y llevando de guarda veinte, nos asaltaron de improviso cincuenta moros cosarios, y despues de haber peleado algun tiempo, con pérdida de ambas partes, nos rendimos diez hombres que quedamos á veinte moros, que nos sujetaron á su forzosa servidumbre; embarcáronse en una chalupa, y maniatados y maltratados nos llevaron á Argel, donde en su zoco ó plaza de mercados fuimos vendidos á público pregon. No fué mi suerte en todo mala, pues aficionado de mí, me compró el presidente del divan ó consejo, llamado Ceni, en cuyo servicio estuve treinta meses, en los cuales no falté dos de su lado. Amábame notablemente, era entendido, ladino español, y díjome haberse criado en Madrid, y habiéndole referido mi peregrina historia y el deseo que tenia de ver la corte del gran leon de España, movido de mis justos deseos, me ofreció libertad en la primera ocasion que hubiese, diciendo que antes de muchos años permitiese Alá viese él la Puerta del Sol de Madrid. Cumplió la promesa que me hizo, entregándome á la piadosa redencion de los religiosísimos cuanto observantes mercenarios, en cuya compañía vine á este lugar, donde he encontrado con este amigo, de que doy mil nobuenas á mi dicha, pues he conocido en él grande amor á su prójimo y un discurso desinteresado, pues solo le mueve la caridad y la pobreza como propia.

Muy gustoso había escuchado Teodoro, que este era el nombre del padre de Laura, á Onofre, y agradecido

le ofreció de nuevo que podía mandar en su casa como propia, á quien suplicó que, no siendo otro intento el suyo mas que ver á Madrid, lo podía hacer en su compañía. Agradeciéndole Onofre con muy corteses razones, y Teodoro, para que conociese lo agradecido que le estaba, ordenó que mudase de traje; y aunque se excusó lo posible, le vencieron los ruegos de toda la gente de la casa, que ya le habían cobrado amor.

Cada día iba Onofre manifestando mas claramente su afable condicion, con que Teodoro se determinó á declararle su intento, que era el que se quedase en casa; y así, un día, en compañía de su esposa, habiendo reparado en los ojos de Laura, que algo licenciados los permitían hiciesen reparo en el buen talle y corteses atenciones de Onofre, le dijo así: Cierta, amigo, que ha días que batalla mi pensamiento con un empeño bien grande, donde forzosamente ha de haber juicio, y habiendo conocido que vuestro entendimiento es capaz, me he determinado de haceros juez, para que sin pasion lo juzgueis, y por no dilataros el informe, es así. Un hombre deste lugar, de razonable poder, se halla obligado á otro, por favores que le debe, siendo tales, que los que confiesa son la quietud y la hacienda, y me alargo á decir que el vivir conoce este hombre que no es bastante paga á tanta deuda, ofrecimientos ni agasajos; y así, entre las mejores prendas de su casa, una, la mas estimada de todas, que tambien confiesa el deberla, está determinado de darle, pareciéndole no tiene otra paga que equivalga á sus merecimientos, y

para esto os he hecho juez. Determinad qué os parece, que lo que vos definiereis ha de ser. Bien conoció Onofre desde el primer fundamento en las razones de Teodoro que en aquel juicio era juez y reo; y tambien la memoria le acordó lo que dijo Juanillo la noche antes haber surtido, y viendo tan buena ocasion, pareciéndole para admitir tal prenda, no había necesidad de informes, pues la bondad es como la hacienda, que luego se conoce dónde la hay, respondió así: Mi parecer, señor, es que sin saber muy seguramente el que sea capaz y merecedor este hombre de la prenda que decís, no se la déis; y creed que os hablo como dueño. Examinado tengo, dijo Teodoro, el que la merece. Pues si vos gustais deso, replicó Onofre, por cosa vuestra, es fuerza la trate bien, y en siendo propia, la estimacion es debida; y así, al dichoso que tal prenda aguarda bien podeis creer que las horas se le harán siglos. No hubo menester Teodoro oír mas para levantarse y abrazar á Onofre, declarando su intento mas á la luz, quedáudo la esposa de Teodoro contenta, Laura gustosa, y Onofre tan agradecido, que se queria arrojar á los piés de Teodoro, que dándole nombre de hijo, ordenaron las bodas con gusto de todos; ofreciendo á Juanillo el ampararle en cuanto viviese, y abrazándole Onofre, le dijo: Como amigo me has de tratar, que en cuanto yo viva, seguro tienes mi amparo, pues no era razon dejar en la calle á Juanillo el de Provincia, ni entre los sueños del olvido del *Día y noche de Madrid*.